

La vanidad cooperó no poco á que Ricardo se entregara maniatado á su instigadora, cuyas imprudencias eran ya para Ricardo otras tantas pruebas de un temple de alma sublime y de no sabemos cuantas otras virtudes relevantes.

CAPÍTULO VI.

LA CASA DE SANCHEZ.

EL lector no conoce de la casa de Sanchez, mas que el tocador de Amalia y la sala.
Le invitamos á pasar adelante.

En la asistencia, que es una pieza alfombrada y en la que á pesar de lo costoso de algunos muebles, reina cierto desórden y desaseo, estaba instalada hacia dos horas una verdadera tertulia.

En un sillón verde estaba Don Aristeo.

Don Aristeo era un hombrecito de edad dudosa aunque podría tener cincuenta años; era magro, de pelo negro

entrecano, gruesas cejas y mirada hurafía; tenía los ojos constantemente ribeteados por una línea roja y los lagrimales espaciosos y rubicundos; estaba envuelto en una capa parda y paseaba sus miradas alternativamente sobre cada uno de los personajes que iban tomando la palabra.

Don Aristeo era compadre de Sanchez.

—¡Pobre de mi hermano! decía doña Felipa, muger entrada en edad, trigueña y un tanto estenuada por una tos que padecía; pobrecito! ya no es posible ver lo que se sacrifica; el hombre trabaja, el hombre se afana, el hombre está pendiente de todo y de todos con una asiduidad y con una constancia ejemplares.

—Es una presea el señor de Sanchez, dijo una anciana con voz de sochantre; si no fuera porque es un poco hereje yo lo querría mas.

—¡Cómo hereje! dijo doña Felipa, usted llama hereje á todos los hombres ilustrados, á todos los que no participan de las preocupaciones de usted.

—¡Ave María Purísima! Felipita, si comenzamos á hablar de política, resulta lo del otro día.

—Eso no es política.

—No será, pero como es usted *pura* defiende usted todas esas cosas.

—Yo no soy pura, soy liberal, porque soy ilustrada y á mucha honra lo tengo, replicó doña Felipa haciendo dos contorsiones.

—Que lo diga el señor Don Aristeo que es hombre docto, insistió la vieja chocolatera.

—Ya sabe usted, mi señora doña Anita, contestó Don Aristeo, que no me gusta meterme en cuestiones de ese carácter; yo soy el primero en lamentar los extravíos de la impiedad y de la reforma, y acá á mis solas y por evitarme de controversias tengo muy presente en mis oraciones á todas las almas descarriadas por cuya salvacion ruego á Dios Nuestro Señor todos los dias.

—Quiere decir que usted tambien cree que el pobrecito de mi hermano es hereje!

—Mi estimado compadre y amigo, su hermano de usted, es una persona para mí sagrada porque basta que le coma el pan para que yo tenga el deber de respetarlo; pero no obstante, ya algunas veces le he predicado, en descargo de mi conciencia: mi compadre es un bello sugeto y siento en el alma que esté contaminado con las ideas nuevas; estas ideas, mi señora doña Anita, que han perdido y están perdiendo tantas almas.

—Eso, eso, señor D. Aristeo, las ideas; Felipita tiene esas ideas y por eso se incomoda cuando le digo pura.

—Ya he dicho que no soy pura sino liberal, y que una cosa es que uno tenga ideas de ilustracion y otra que sea hereje como se permite llamarme la señora doña Anita, persona que no porque peina canas está autorizada para tratarme así.

—Lo siento mucho, Felipita, pero es cierto; y si no vamos á ver; ¿usted dónde oye misa? ¿á que no me lo dice usted, mi alma?

—Oiré misa dónde me dé la gana; yo no soy hipócri-

ta ni necesito hacer alarde de devota ni probarle á nadie lo que creo.

—¡Que tal! gruñó doña Anita; ¡que tal! ya salió cierto, no lo dije? está usted excomulgada, y como que sí.

—¿Yo excomulgada? mire usted, señora doña Anita, que tengo muy mal genio, y en tocándome las generales y sobre todo á cosas de conciencia, no veo pelo ni tamaño y.....

—Adios, dijo la vieja, me va á comer.

—¿Que sucede? gritó un pollo en mangas de camisa que se estaba poniendo la corbata, ¿quien grita aquí, quien alborota? quién habia de ser, tia Anita; siempre que viene hay una camorra y en presencia de Don Aristeo; contenga usted á esa gente, respetable señor.

—Yo no me mezclo en esos asuntos, son cuestiones muy delicadas sobre todo tratándose de señoras.

—Me alegro que te descolen, dijo la vieja chocolatera; los niños tampoco deben meterse en esas cosas.

—¿Quién le ha dicho á usted que no? los niños de hoy sabemos mas que todas ustedes las octogenarias, apergaminadas y ridículas; y siempre que usted, tia Anita, venga á alborotar mi casa, ha de oír mi lengua.

—¡Cállatel maldiciente, herejotel!

—Y usted harpía, rata de sacristía, Madre Celestina; deme usted un polvito, Madre Celestina; usted debe reducirse á rezar su rosario y dejarnos á nosotros en libertad de hablar y de discurrir segun el espíritu de la época.

—El espíritu corrompido de la época.

—Que no es la de usted, sino la de los libres pensadores.

—Eso eres tú, tú eres libre pensador.

—Sí, á mucha honra lo tengo, porque soy un hombre libre.

—Un libertino querrás decir, Dios me libre de tít tú sí que estás excomulgado, hereje; no tengo mas consuelo sino que allá abajo, en el purito infierno, es en donde vas á recojer el fruto de tus libertades y sus ilustraciones.

—El infierno salió borrego tia Anita, ya no existe mas que para las viejas como usted que son las únicas dignas de permanecer en la tierra caliente por toda la eternidad.

—Ya quisieras ser tan buena cristiana como yo.

—Vamos, vamos, que se acabe la disputa, señora, dijo D. Aristeo con aire de suficiencia y conociendo que la cuestion tomaba un carácter alarmante.

Reinó de pronto el mas profundo silencio.

Las escenas de esta clase, se repetian con frecuencia en la casa de Sanchez; y como quiera que lo que allí pasaba reconocia cierto origen que importa á todos conocer, procuraremos dar mas detalles acerca de la formacion de aquella colonia doméstica, que buenamente se daba á conocer con el nombre de la familia de Sanchez.

Sea Sanchez el tronco, y examinémosle.

Sanchez, como hemos dicho ya, era un personaje nuevo, fruto maduro del *anden y ténganse* de nuestras cosas, resultado inmediato del torbellino revolucionario. San-

chez, oscuro, pobre é ignorante, hubiera muerto en su pueblo llorado por unas cuantas buenas gentes.

Pero dióle por cursar la ciencia política con el tendero de su pueblo, que recibia algunos periódicos de México; fué amigo del prefecto, y como tal tuvo que ver, primero con la Junta patriótica, despues con el Ayuntamiento, luego con la Junta de instruccion pública; y poco á poco Sanchez, el oscuro Sanchez, se fué haciendo persona; no aprendió la política ni en la historia, ni en otros libros, sino de oidas con los que hacen la política, que son los verdaderos maestros.

En poco tiempo ya Sanchez sabia que la política eleva á los hombres.

Que en política, el fin justifica los medios.

Que se debe trabajar para sí propio, haciendo creer que se trabaja por los demas.

Que en política, todos son escalones.

Que es necesario tener mucho cuidado con el patriotismo, porque este suele, si es bueno, ser un ingrediente que destruye las mas sólidas bases de cierta política.

Que tambien es necesario tener mucho cuidado con el corazon, porque los políticos no deben tenerlo.

Que por las circunstancias climatéricas y de otro género del país, la fuerza de inercia es una de las fuerzas mas provechosas, como se sepa manejar, etc, etc.

Cuando Sanchez supo todo esto, fué ya político y aún se lanzó al editorial con brio y con fé, para ceñirse el doble laurel del periodista.

Sanchez era ya presentado á las notabilidades revolucionarias como político y como periodista, todo lo cual le permitió hincar un diente en la ley de 25 de Junio, volviéndose propietario.

Se adjudicó iglesias, cementerios, casas, solares, coros, sacristías, ranchos y capitales.

Sanchez, en esa época feliz de la desamortizacion, no necesitó mas que abrir la boca para decir en papel sellado: *esto es mio*.

No se necesitaba mas. Cieto es que la ley habia tenido la honradez de decir *vendo*; pero los compradores sabian mejor que la ley donde les apretaba el zapato, y compraban con todos los requisitos legales, suprimiendo la insignificante formalidad de entregar el dinero.

Sanchez aprendió á hacer fortuna como habia aprendido á hacer política: de una manera expeditiva y sin complicacion ni grandes cálculos.

Cuando Sanchez tuvo un papel en la mano, en el que la ley lo investia con el carácter de presunto dueño, Sanchez haciendo poco caso del *presunto*, vendió lo que no podia comprar, porque no tenia con qué.

Y resolviendo con facilidad el difícil problema de vender lo que no habia comprado, encontró la piedra filosofal.

Por supuesto, que una vez en posesion de esta piedra rara, Sanchez fué otra cosa.

El dinero hizo como siempre su trasformacion; le dió á Sanchez ese tinte que sin tener color puede llamarse dorado, y Sanchez comenzó á ser un sugeto muy apreciable.

Como todo le cogia en deseo, se emborrachó seguido con Champagne, se mandó hacer mucha ropa, compró muchas cadenas de reloj y muchos brillantes, comió mucho hasta engordar y se volvió pulcro de la noche á la mañana.

No pudo tolerar una camisa de dos días, y se admiró en su interior de haber podido vivir treinta años sin calcetines.

Al poco tiempo, Sanchez se olvidó de su pasado. ¡Ingrato!

Una de las cosas que se le avivó á Sanchez con la opulencia fué el amor; de pacífico se tornó en ardiente, y tambien se admiró de como habia podido amar á lo pobre.

Sanchez tuvo muchos amigos y muchas amigas, pero entre todas Amalia se llevó la palma y fué por lo que Sanchez se llevó á Amalia.

Como Sanchez no era fuerte en materia de leyes ni de política, ni mucho menos en cánones, pues como hemos visto estudió en la tienda del pueblo todo lo que sabia, resultó casado por el mismo procedimiento expeditivo por el que habia resultado rico; no encontrando inconveniente en que así como habia suprimido el dinero para comprar, podia suprimir la bendicion para casarse, y así como habia vendido antes de comprar, bien podia llevarse á su muger antes de casarse con ella.

En todos casos Sanchez iba siempre á su fin por el camino mas corto, y este sistema le habia probado perfectamente.

Tal era Sanchez.

Siempre fué solo; pero desde que enriqueció, tuvo, no una familia sino una colonia doméstica, que dará todavía materia á nuestras habladurías.

Hablarémos de D. Aristeo.

Don Aristeo era el *ad reventandum* de Sanchez. Nótese que todos los personajes, especialmente de los acabados de hacer, tienen un D. Aristeo.

Don Aristeo conoció pobre á Sanchez. D. Aristeo habia emprendido la carrera eclesiástica; pero las leyes de reforma aguaron sus proyectos santos, y se quedó sabiendo mas de sacerdote que de seglar.

Con motivo de las leyes de reforma, D. Aristeo se dedicó al estudio de las grandes cuestiones que se suscitaron entonces, y aún se permitió dar á la prensa, aunque no con su nombre, algunos largos opúsculos combatiendo el matrimonio civil, la libertad de cultos, la independencia de la Iglesia y el Estado, y otros varios asuntos de no menos importancia.

Estos estudios le dieron cierto valimiento con el clero herido, y fué D. Aristeo objeto de señaladas distinciones por parte de algunos doctos señores de la Iglesia católica.

Prestóse D. Aristeo á administrar ciertos bienes ocultos de acuerdo con Sanchez, bienes sustraídos á la rapacidad de la ley de marras, y que aún permanecen ayudando al culto; aunque bien seguros ya de los famélicos adjudicatarios.

Don Aristeo, como se vé, profesaba ideas diamentral-

mente opuestas á las de Sanchez; pero Sanchez era su compadre y le debía tantos favores, que los dos compadres llevaban algunos años de dar el espectáculo de una rata y un gato en la misma jaula.

CAPITULO VII.

CONTINUA EL ELENCO DE LA FAMILIA
DE SANCHEZ.

LA hermana de Sanchez, doña Felipa, no habia visto á su hermano en quince años, porque Sanchez no creyó necesario tener hermana siendo pobre; de manera que cuando enriqueció buscó á la pobre de Felipa, la cual estaba al servicio de unas señoras muy devotas y muy buenas.

Doña Felipa era mas fea que su hermano, y á pesar de todo fué insuficiente esa segunda mano que habia trasformado á Sanchez.